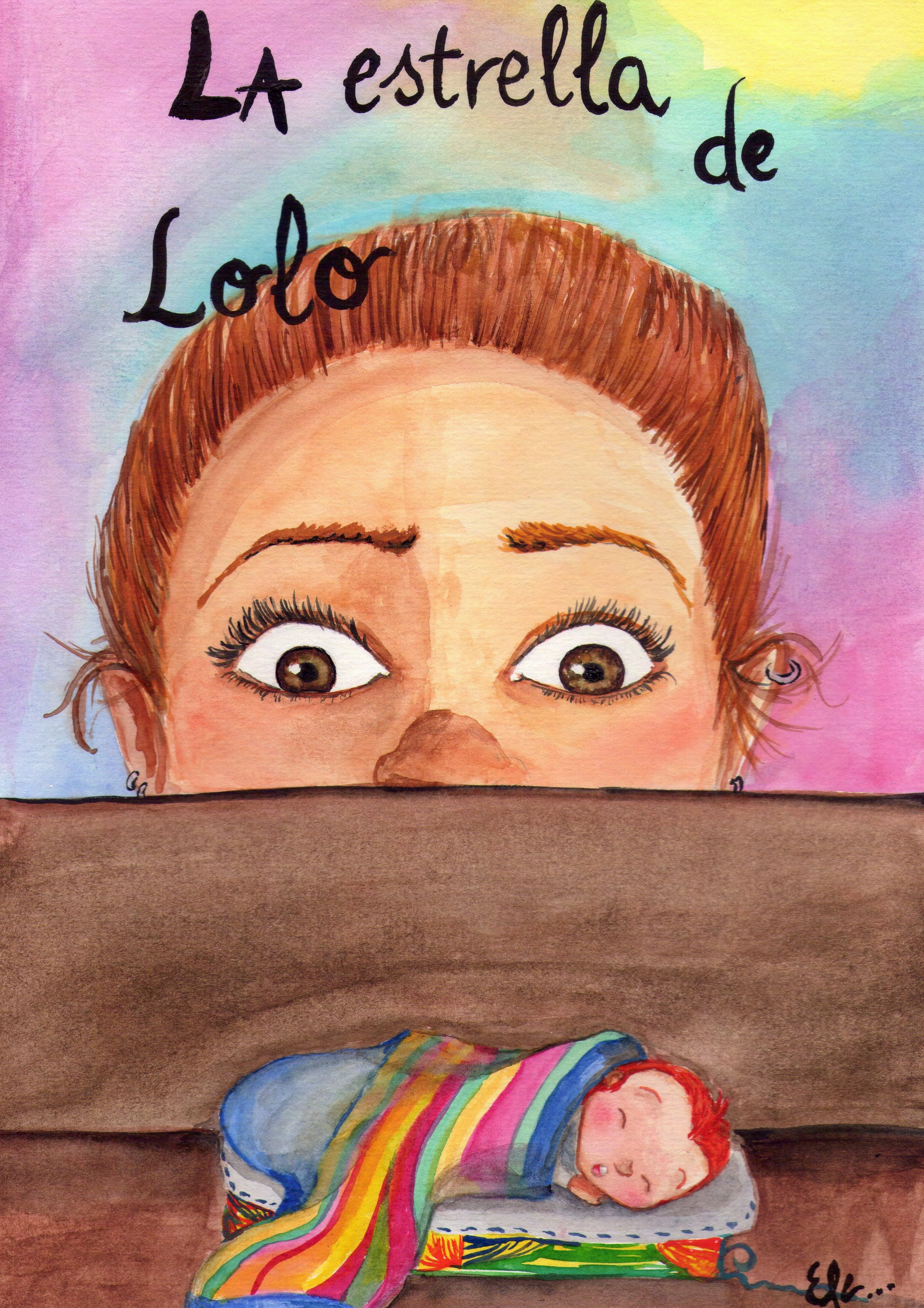

LA estrella de Lolo

La Estrella de Lolo

Érase una vez que se era, una estrella llamada *Niña…*no, perdón, una niña llamada *Estrella* que vivía en una pequeña y dulce casita. No era dulce porque fuera de chocolate ni de algodón de azúcar, ni siquiera de mazapán, si no porque en ella vivía una familia muy unida. La familia la formaba la dulce *Estrella,* el dulce Papá de *Estrella,* la dulce Mamá de *Estrella* y la dulce Hermanita de *Estrella*. Vivian todos juntos y eran muy felices. Tenían una gran confianza entre ellos, por lo que se podían (y así lo hacían) contar absolutamente todo, sobre cualquier cosa. En esa dulce casita no existían los secretos.

La vida familiar se podía hacer en todos los rincones del hogar, aunque casi siempre se hacía en torno a la mesa de la cocina o al salón. Pero cada uno también tenía su rinconcito, su habitación en aquella casa. El cuarto de *Estrella* no era nada demasiado especial. Tenía una cama donde ella solía dormir o simplemente acostarse y dejar que los pensamientos fluyeran por su cabeza. También tenía un roperito donde guardaba la ropa que usaba todos los días. El ropero contaba con una gran cantidad de cajones, todos repletos de recuerdos y libros. Incluso tenía un cajón entero lleno de calcetines. Junto al ropero había una mesa con más libros y papeles, que *Estrella* normalmente utilizaba para estudiar. Pero la parte favorita de la habitación de *Estrella* era sin duda, la pared frente a su cama. En ella se concentraban un montón de extraños calderos y platos en los que no se podía poner comida. Sin embargo, con la ayuda de unos palitos, *Estrella* era capaz de hacer música con ellos. Porque, por si no lo he dicho antes, a *Estrella* le gusta mucho la música.

Estrella solía estudiar a menudo. Había cosas que le encantaban, y otras que no tanto, como a todas las personas. Hubo un día, mientras estudiaba filosofía que le pasó algo curioso. Estaba repasando algo que un señor griego de hace muchísimos años había dicho, algo así como que el mundo estaba dividido en dos, uno real y otro imaginario… algo realmente extraño que a *Estrella* no le terminaba de quedar claro, por mas que lo leía. Lo repasó muchas veces hasta que se decidió a intentar hacerse un esquema. Fue al armario y sacó su estuche de uno de los cajones, para acto seguido, sacar su bolígrafo favorito. Era un bolígrafo que no tenía nada de especial, pero le tenía mucho cariño porque se lo había regalado un tío suyo que vivía en el extranjero. Se dio la vuelta y se apresuró a volver a la mesa, con tan mala pata que se tropezó con uno de esos palitos para hacer música y se cayó al suelo, junto con su bolígrafo. La mala fortuna quiso que al caer, el boli saltara por los aires y se desmontara por completo, dejando un regado de piezas por el suelo. Sin parar a pensarlo, *Estrella* recogió las piezas y las volvió a montar, percatándose de que le faltaba una de ellas. Desesperada la buscó por todas partes, pero, después de un rato de búsqueda infructuosa, se resignó y guardó el resto de las piezas en el estuche, con un deje de añoranza en la mirada.

• • •

El fondo del cajón de los calcetines era el lugar de residencia de *Lolo.* Se trataba de un personajillo chiquito al que le gustaba muchísimo corretear entre los calcetines (limpios) de *Estrella*. Pensaba que eran nubes y que podía saltar de una a otra sin miedo, y podía disfrutar de lo esponjosas que eran. Su casita estaba al fondo del cajón, junto a unos calcetines azules muy pequeños que *Estrella* nunca usaba. La había hecho con hilos que le había ido quitando a los calcetines durante meses. Dentro de su cabaña de hilos tenía una mesita hecha con un botón y una cama que había construido con un cartoncito y más hilo. También tenía otra casita en el techo, dentro de la lámpara, para cuando hacía mucho frío, pero no solía ir porque le costaba muchos subir hasta tan alto.

Lolo estaba acostumbrado a vivir con *Estrella*, aunque ella no supiera de su existencia. La verdad es que no tenía muy claro como había acabado viviendo él allí, pero no le importaba nada la compañía de la muchacha. No recordaba ningún día de su vida en el que *Estrella* no apareciese en algún momento. Le gustaba su olor y le encantaba la música que era capaz de hacer solo con golpear aquellos extraños calderos de la pared. Una vez pensó en hacerse una casita en uno de ellos, pero tenía miedo de, sin querer, estropear los bellos sonidos que allí nacían. *Lolo* era un duende, y por tanto, no entendía de belleza en las personas, (en realidad, no entendía de belleza), pero reconocía que le gustaba mirar a la muchacha, y que podía quedarse así, sin hacer nada mas, largos ratos.

Aquel día, *Lolo* no estaba en el cajón de los calcetines. Había salido a dar un paseo. Esa vez había elegido su paseo favorito: cruzó la cama hasta llegar a los peluches y estuvo un rato lanzándose desde ellos a la cama y jugando con las pelusillas. Desde allí podía ver a *Estrella* sentada en su mesa estudiando muy concentrada. Se acercó al borde de la cama y se sentó a descansar, justo en el momento en que ella se levantaba e iba a buscar su bolígrafo favorito. Allí sentado, pudo verla tropezar y como el boli se separaba en montón de piecitas. Pudo ver, también, como *Estrella* buscaba desesperadamente todas las partes que podía y las montaba poco a poco. Y no se le escapó el rostro desilusionado de la niña al darse cuenta de que le faltaba una pieza. La tristeza de *Estrella* le encogió el corazón, y sin pensarlo dos veces, saltó de la cama en busca de la pieza faltante.

Pasaron las horas, *Estrella* hacía tiempo que dormía, pero Lolo no había parado de buscar. No entendía como era posible que no la hubiera encontrado aun, la habitación no era tan grande. No estaba en el alféizar de la ventana, ni tampoco en el escritorio. No se había colado en los cajones ni en el armario, ni debajo de los calderos. Los libros no lo escondían, y ya no se le ocurría donde mirar. Para *Lolo* había desaparecido por arte de magia. No es que creyera en la magia, es que sabía que existe, al fin y al cabo, es un duende, y los duendes nacen de forma mágica, e incluso saben hacer algún que otro truco. Pero finalmente descubrió que la magia no estaba involucrada (aún) en la desaparición de la pieza, pues la encontró al fin escondida debajo de la cama, al fondo, detrás de una de sus patas. Saltó de alegría al verla. Era un muelle, seguramente el que utiliza para meter y sacar la punta. Ahora solo había que devolvérsela a *Estrella*.

El primer problema al que tuvo que enfrentarse *Lolo* fue que la pieza era más grande que él, y no podía cargarla. Pero como ya dije antes, los duendes son seres mágicos

que saben hacer algunos trucos, y aunque no era muy mañoso, se las ingenió para encoger el muelle y así, poder echárselo al bolsillo. Aunque no era un truco complicado, tuvo que intentarlo varias veces, pues como ya sabes, a *Lolo* no se le da demasiado bien hacer magia. Una vez conseguido, se lo echó al bolsillo y salió de debajo de la cama. Miró en todas la direcciones pensando cual sería el mejor lugar para que, cuando se despertara, *Estrella* viera el muelle. Finalmente se decidió por dejarlo encima de la mesa. Era sin duda, la decisión más sencilla.

Le llevo tan solo unos minutos llegar hasta las patas de la silla que estaba parada frente al escritorio. Escaló por una de sus patas, y luego por el respaldo, hasta que quedó a la altura justa para saltar y caer sin hacerse daño. Cayó justo encima de un montón de folios que contenían unos garabatos. Supuso que se trataría de ejercicios en sucio o algo por el estilo. Sacó el muelle y lo dejó encima de los folios y, acto seguido, lo desencogió. Ante sus ojos, el muelle empezó a crecer y, de repente, empezó a rodar mesa abajo y cayó al suelo. Bajó y volvió a recoger el muelle, lo encogió, subió y lo volvió a desencoger y todas las veces que lo intentó, el muelle volvió a caerse. Se sintió realmente decepcionado, no había forma de mantener ese muelle encima de la mesa. Pero mirando a su alrededor se le ocurrió otra idea: meterlo directamente en el estuche. Saltó de la mesa y se dirigió al armario, desde donde saltó hasta donde *Estrella* guardaba su estuche. Una vez allí, abrió la cremallera y se dejó caer dentro. La verdad es que con la búsqueda y tanta magia, *Lolo* se encontraba exhausto, así que, cuando cayó dentro del estuche, sin darse cuenta, se quedó dormido.

• • •

El mundo entero empezó a temblar, y el duende se despertó justo en el momento en que un inmenso lápiz pasó frente a sus ojos. Asustado y desconcertado, dio un salto hacia atrás y se tropezó con la parte azul de una goma de borrar, cayendo de espaldas. Al caer sintió que algo se le clavaba dentro del bolsillo, y descubrió que era, ni más ni menos, que un muelle. El muelle del boli de *Estrella*. ¿Dónde estaba ahora? Escuchaba voces provenir de fuera del estuche, voces que no había escuchado nunca. Se armó de valor y poco a poco, se acercó hasta poder asomar la cabeza fuera del estuche… quedó maravillado. Había ido a parar a una habitación llena de personas como *Estrella,* pequeñas y graciosas, y una persona un poco mayor, como la dulce mamá de *Estrella*. La mujer garabateaba en la pared números y dibujaba triángulos y círculos, y todos los niños reproducían los mismos garabatos en sus cuadernos.

Nunca había estado en el colegio. Había oído hablar de él a *Estrella*, unas veces mal, por las tareas que le mandaban o algún examen complicado que la hacía ponerse nerviosa, pero otras muchas veces hablaba muy bien de las cosas tan maravillosas que había aprendido allí. La habían enseñado a contar y hacer complicados cálculos para que nunca la engañaran al darle la vuelta en las tiendas. También había aprendido a



distinguir distintos tipos de animales y a cuales debía acariciar. Por si fuera poco, había conocido a muchos de sus amigos en aquel lugar. *Lolo* estaba realmente fascinado, y sentía la necesidad de ver todo aquello más de cerca. Pero lo primero era lo primero: sacó el muelle de su bolsillo y lo desencogió. Esta vez salió todo a la perfección, así que pudo dedicar el resto de la mañana a hacer turismo por la clase de *Estrella.*

Las horas pasaban y junto con ellas, pasaban los profesores, las asignaturas. Uno de ellos explicó cosas sobre algo que llamaban ADN. Por lo visto es algo que tienen todos los seres vivos y que es el responsable de que sean como son. *Lolo s*e preguntó si él también tendría ADN. No era una pregunta tan tonta como parecía al principio, pues *Lolo* es un duende, y por lo tanto existe en él cierta parte mágica que no terminaba de encajar en aquella explicación. El profesor decía que cada individuo recibía el ADN de sus padres, y sin embargo, *Lolo*, que supiera, no tenía padres. Incluso, ahora que lo pensaba, nunca había visto otro duende en su corta vida. Se preguntó si existirían más seres como él, o si solo existía él…

Entonces hubo un estruendo. Un sonido fuerte y agudo llenó la habitación, y todas las personitas en la clase, incluida *Estrella*, salieron de la habitación como una exhalación, dejando todas sus cosas atrás, mientras el maestro intentaba indicarles una tarea, sin éxito. *Lolo* se asustó mucho, pues pensó que había sucedido algo y que estaban huyendo, aunque le tranquilizó que aquel señor mayor que decoraba la habitación no hubiese salido disparado de la misma manera. Pero no entendía que había pasado. Corrió todo lo que pudo hasta llegar a la puerta, pero todos los niños habían desaparecido ya de aquel pasillo… ¿Dónde habrían ido con tanta prisa? ¿Por qué dejar todas las cosas atrás? Sin embargo, *Lolo* empezó a escuchar risas y gritos. Corrió y se subió a una de los grandes ventanales que dejaban pasar al señor Sol y miró hacia fuera. Allí estaba *Estrella,* los compañeros de clase de *Estrella,* y otro montón de personajillos que corrían, jugaban, gritaban y se reían. Había un grupo de chicos jugando a darle patadas a una pelota, un chico con los ojos cerrados de cara a la pared, otro grupo de pequeños buscando algún lugar donde esconderse. Una de las niñas dibujaba con una tiza unos cuadrados en el suelo, y les ponía números. ¡Ahora entendía por qué le gustaba tanto a *Estrella* el cole! ¡Podía salir y jugar con otros niños de su edad! Parecía realmente maravilloso…

Lolo permaneció sentado en la ventana hasta que se volvió a escuchar aquel sonido agudo y ronco que había sacado a los niños de la clase. Ahora ellos volvían, aunque parecía que querían seguir jugando. *Estrella* fue la primera en entrar, seguida de un grupo de chicos que entraron corriendo y moviendo los pupitres. Uno de los pupitres que movieron fue el de *Estrella* y sus cosas cayeron al suelo formando un pequeño estropicio. *Estrella* se enfadó un poco, pero el niño que había empujado su pupitre no le hizo caso, y siguió jugando y corriendo sin parar, así que *Estrella* tuvo que agacharse a recoger sus cosas. Lo peor era que el muelle había salido volando (*Lolo* lo vió volar y atravesar la habitación, casi parecía que le hubieran salido alas), pero eso *Estrella* no lo sabía. Pero *Lolo* que había hecho ya un gran esfuerzo para conseguir darle el muelle a *Estrella* no iba a permitir que se perdiera en la clase.

Pasaron las últimas horas de clase, tiempo justo para que *Lolo* atravesara la clase y encontrara, una vez más (y ya van unas cuantas) el pequeño muelle del boli de *Estrella*. Hizo acopio de todas sus fuerzas para realizar el truco de encoger, pero no fue capaz. Por alguna razón que desconocía, no era capaz de encoger el muelle. Se desesperó,

pues sabía que quedaba poco tiempo y tenía que encontrar la manera de llevar el muelle. Empezó a arrastrarlo, incluso parecía que iba a ser capaz de llegar hasta el estuche de *Estrella* así, pero cuando se encontraba a los pies de la silla de *Estrella,* volvió a sonar, por tercera vez, el estruendoso sonido, y una vez mas, aquellos pequeños seres se levantaron a toda velocidad, recogieron sus cosas y salieron por la puerta corriendo y gritando, quedándose *Lolo* solo con el profesor, que salió del aula diciendo:

- ¡Pasadlo bien en las vacaciones!

• • •

Lolo estaba realmente desconcertado. Sin previo aviso, se había quedado totalmente solo en aquel gran edificio.

- ¿Volverán? Antes volvieron…- Pensó en voz alta *Lolo*. – Quizás si espero un poco más…

Pasaron las horas. *Lolo* lo sabía, porque podía escuchar el repiqueteo de las campanas de alguna iglesia cercana marcando las horas. Ese sonido le puso triste, pues le recordaba a la música de los calderos de la pequeña *Estrella*. Pero se entristeció más aún cuando llegó la noche. Dentro de esa habitación, que durante el día había habido tanta vida, ahora solo había oscuridad. *Lolo* estaba completamente solo, y completamente a oscuras. Además, *Lolo* le tenía mucho respeto a la oscuridad, pues había escuchado historias de fantasmas, vampiros y otros monstruos que aprovechaban la oscuridad para buscar victimas. Le daban especial miedo unos bichos que había visto en una película… “Los Gremlins”, que si se mojaban salían muchísimos, y hacían montón de travesuras. Empezó a temblar solo de pensar en ello, y en la posibilidad de que hubiese alguno por allí cerca. Además, estaba empezando a escuchar ruidos, de esos que hacen todas las casas por las noches para asustar a los niños, y la verdad es que eran muy efectivos, porque *Lolo* ya estaba incluso a punto de gritar. Pero tenía que hacer algo, así que recogió el muelle y se lo metió en un bolsillo, y se acercó a la puerta. Justo cuando estaba llegando, algo se movió muy cerca de él, haciendo que *Lolo* se asustará tanto que salió corriendo, sin saber muy bien hacia donde.

- ¡Oye! ¡Espera! ¡No corras! – Dijo una voz a su espalda.

- ¿Quién eres? – Respondió *Lolo* jadeando.

- Mi nombre es Mick, y soy un ratón. Venía a decirte que si quieres salir, la puerta está cerrada, pero conozco otro camino que te puede servir. ¡Ven, acércate!

Los duendes, por su naturaleza mágica, son seres que rápidamente confían en los demás. Aunque *Lolo* tendría que reconocer que aún estaba asustado cuando se acercó al ratón Mick. Pero cuando estuvo suficientemente cerca, se le pasó todo el miedo, pues pudo ver en la cara de aquel ratoncito mucha bondad y ganas de ayudar.

- Es la primera vez que vienes ¿verdad? Nunca te había visto por aquí. Si, estoy seguro. ¡Vaya día has elegido para hacer turismo! ¿Acaso no sabes que hoy empiezan las vacaciones de navidad? ¡Los niños no volverán hasta dentro de dos semanas, puede que más! Este lugar es un aburrimiento estos días, y apenas hay migas de pan para comer. La verdad que es una pena cuando no están los niños… ¿Viniste con algún niño o por tu cuenta? ¡Oye, ahora que me fijo! ¡Tú eres un duende! ¿Sabes hacer magia? Seguro que puedes hacerte invisible y teletransportarte a otros lugares.

- ¡Oye, oye! Espera, que vas muy rápido. Sí, venía con una niña que se llama *Estrella*, y me gustaría volver a casa, pero la verdad es que no se el camino. ¿Qué puedo hacer?

- Mmmm… *Estrella*…. No me suena la verdad. Aunque si te digo la verdad, tampoco suelo venir mucho a esta clase, prefiero estar en la de los niños más pequeños. Son más monos y traen comida más rica. Los de preescolar son mis favoritos, están siempre jugando y haciendo monerías. El otro día recuerdo que estaban en la clase haciendo unos dibujos cuando….

- ¡Para! Mick, te vas por las ramas enseguida. ¿Se te ocurre alguna forma en que pueda volver a casa de mi niña?

- Bueno, la verdad es que no. Pero cerca de aquí hay un parque donde hay una aldea de duendes. Quizás allí puedas preguntar si saben como teletransportarte o volver atrás en el tiempo o algún truco mágico por el estilo. Ven, súbete a mi lomo, te ayudaré a salir a la calle.

Ni corto ni perezoso, *Lolo* subió a lomos de su nuevo amigo Mick. El ratón empezó a correr muy rápido y muy cerca de las paredes hasta que llegó a un pequeño agujero, por el que se metió. *Lolo* nunca había visto como era un edificio por dentro, y aquella imagen le sorprendió. Había ladrillos y tierra pegados con una sustancia gris que Mick le dijo que se llamaba cemento. Se preguntó si los seres vivos serían iguales por dentro a aquella extraña estructura, aunque rápidamente rechazó la idea, pues sabía que él no tenía "cemento" por dentro. También, mientras bajaban, pudo ver cables y algunas goteras, y muchas, muchas salidas de aquel túnel. Por algunas de ellas, se veían otras aulas como en el que había estado con *Estrella*. Después llegaron a un largo pasillo totalmente oscuro y, finalmente, salieron al exterior.

La noche era preciosa. No había ni una sola nube en el cielo, y la luz de la luna llena y las estrellas iluminaban las calles. Ahora estaban en un lugar muy amplio, pero rodeado por unos muros. Según Mick, ese era el lugar al que salían los niños a jugar, y



- ¿Quién eres? - Respondió Lolo
- Mi nombre es Mick...
Efen

los muros eran para que no escaparan. Eso hizo dudar a *Lolo*, pues si esos muros eran para que los niños no escaparan, ¿como iban a poder salir ellos? Aunque, sin duda alguna, Mick no se daba cuenta de sus dudas, pues no cesaba en su avance. En la distancia apareció de repente una gran puerta verde. Sin duda, allí es a donde se dirigían.

- Bueno, ya puedes bajarte – Dijo Mick cuando llegaron a la puerta. – A partir de aquí ya no continúo yo. La verdad es que me gustaría acompañarte, pero no puedo salir del colegio. Tardaría mucho tiempo en volver y tengo aquí una familia, y como ya te dije, ahora va a haber poca comida porque los niños no están y tengo que recolectar toda la que pueda esta noche antes de que vengan las palomas por la mañana y se la coman. Siempre lo mismo con las palomas, llegan, comen y se van. Deberían buscarse otro sitio para molestar. ¡Si tienen alas! Pueden ir a cualquier lugar, en vez de estarme molestando a mí siempre.

- Pero espera, ¿no me habías dicho que me ibas a llevar a una aldea de duendes?

- Si bueno. La aldea no está lejos, solo tienes que continuar recto sin salirte de la acera hasta que llegues a una farola que tiene la luz verde. Entonces buscas unas flores de colores y ya estás ahí. De verdad, no tiene perdida, es muy fácil. Sabrás llegar. Anda, no me entretengas más, que tengo prisa. ¡Buena suerte! – Dijo Mick, mientras se daba la vuelta y volvía hacía el edificio, dejando a *Lolo* solo otra vez.

De forma inesperada, *Lolo* se había visto inmerso en la aventura de su vida.

Su nuevo amigo Mick el ratón le había dicho que siguiera todo recto, y así hizo *Lolo*. Al principio avanzó rápido y con muchas ganas, intentando mantener el ritmo que hacía unos minutos había llevado a lomos de aquel ser. Pero poco a poco las ganas se fueron desvaneciendo y volvieron a aflorar en él la tristeza y los miedos. Pero esta vez los miedos eran distintos, pues no temía que le atacara algún monstruo. Esta vez sentía miedo porque estaba solo y no sabía hacia donde iba. Por la cabeza le pasaron mil y una situaciones que había oído de personas que se perdían y nunca volvían a aparecer. Siempre las contaban los familiares, tristes por no volver a ver al ser querido. Pensó en *Estrella*, en que quizás no volvería a verla, a escuchar su música, a verla dormir. Le daba más miedo no volver a ver a *Estrella* que estar perdido para siempre en aquella ciudad. Todas estas ideas le rondaban la cabeza a la vez que andaba y andaba. Hasta que no pudo mas y decidió detenerse y descansar, y quizás también, ahuyentar esas primeras lágrimas que se acercaban a sus ojos. Así que se sentó a un lado del camino, en el tornillo de una farola, y se sujetó la cabeza con las manos.

Había estado tan sumido en sus pensamientos que no se había percatado de cuanto tiempo había estado andando. Ni siquiera se había fijado en el color de las luces de las farolas. Miró hacia arriba buscando el cielo, y de repente, le dio un vuelco el corazón. En lugar de encontrarse el cielo estrellado que había visto antes, se encontró de bruces con un gran y brillante bombillo verde. Sintió como su cuerpo se llenaba de alegría y salió corriendo, buscando a toda prisa las flores de colores de las que Mick había hablado. La suerte estaba de su lado. Allí, frente a él, se encontraban unas flores (que a *Lolo* parecieron realmente preciosas) de colores que nunca había visto. Se acercó todo lo deprisa que pudo y miró al otro lado, pero allí no había nada. Siguió avanzando mientras corría, pero no había rastro de ningún otro duende como él. Por más que

buscaba, allí no había nadie. No sabía que hacer. Estaba demasiado cansado para volver atrás, y también para continuar, pero tenía miedo de dormir. Sin embargo no le quedó mas remedio. Buscó entre las flores un lugar algo escondido, se acostó, se tapó con una hoja caída y cerró los ojos.

• • •

Cuando despertó, notó que el mundo se movía a su alrededor. *Lolo* ya no estaba bajo la hoja de la noche anterior, ahora estaba sobre ella, y cuatro seres le transportaban, no sabía a donde. Se asustó una vez más, tanto, que no pudo ni moverse, ni hacer ningún ruido. Se hizo el dormido, pero por el rabillo del ojo intentó observar a quienes le llevaban. Eran duendes, estaba seguro. Lo sabía porque se parecían mucho a si mismo, o por lo menos, a un tipo que se asomaba a una de las paredes de casa de *Estrella*, que llamaban espejo, cuando él se miraba. ¿Le estarían llevando a la aldea?

- Eh… ¿Perdón? ¿Quienes sois? ¿A donde me lleváis?

- ¡Mirad! Ya se ha despertado. ¿Estás bien, pequeño? ¿Crees que puedes continuar caminando?

- Si, perfectamente… ¿A dónde vamos?

- A nuestra aldea, claro.

Siguieron caminando durante un rato, que *Lolo* aprovechó para conocer un poco a sus nuevos compañeros y fijarse en ellos. Un detalle le llamó la atención: él era mucho más bajito que los demás duendes, aunque parecía que solo *Lolo* se daba cuenta.

Los otros duendes le explicaron cosas sobre la aldea. Al parecer, estaba protegida con magia de duendes para evitar que las personas que andaban por el parque la pisaran. Porque claro, una aldea de duendes está hecha para duendes, no para personas, y por tanto, son muy chiquititas y frágiles, cualquiera que ande un poco despistado podría pisarla y destruirla. Cuando llegaron, *Lolo* no pudo más que maravillarse. No era muy grande, en realidad eran tan solo seis casitas alrededor de patio. Había tres a cada lado, y de frente, una casa mucho más grande que el resto, que pertenecía al anciano de la aldea. El anciano era, por supuesto, el más Sabio de la aldea, pues es conocido que sabe más el diablo por viejo, que por diablo.

La vida en la aldea era muy tranquila. Los duendes se dedicaban a pasear y sobretodo, a hablar y aprender cosas los unos de los otros. Muchos duendes viajaban entre aldeas solamente para charlar con miembros de otras y compartir experiencias. Además, daba igual si te cogía la noche fuera de casa, porque las puertas de las casas siempre estaban abiertas para cualquier visitante. También había duendes cuyo trabajo consistía en cuidar de los más pequeños y ayudarles a crecer sanos y fuertes. Por otra parte, estaba el Sabio de la aldea, que dedicaba su vida al bienestar de la aldea. Ayudaba a todo aquel que necesitara ayuda, ofreciendo sus manos para el trabajo, y su mente para el consejo.

Aquel día, era tan solo uno mas en la aldea, la gente iba y venía. Ni siquiera la llegada de *Lolo* parecía alterar la vida de los que allí vivían. Sin embargo si que se notaba una pequeña diferencia, pues esta vez el anciano, en lugar de estar de aquí para allá con los otros duendes, estaba esperando a la entrada de la aldea a que llegaran, con rostro preocupado. Cuando el grupo estuvo lo suficientemente cerca para que el Sabio pudiera verlos, gritó:

- ¿Cómo está? ¿Es un duende de niño? ¡Daos prisa, maldita sea!

El grupo aceleró el paso, pues notaban perfectamente que el Sabio estaba bastante tenso. Además, ¡ya sabes que no se le debe llevar la contraría a los mayores!

- Está bien, respira, camina, habla. Incluso creo que todavía puede hacer algo de magia.

- ¿Pero es un duende de niño, o no? – Dijo el Sabio, más tranquilo.

- Si, no hay duda. Por el camino nos ha contado su historia. Su niña estudia en el colegio que hay calle abajo, así que es probable que la hallamos visto pasar mas de una vez. El problema es que ahora mismo están de vacaciones, y no volverán hasta dentro de al menos dos semanas.

- Pero eso es demasiado tiempo, no sobrevivirá. – Ahora el anciano mostraba evidente preocupación en su rostro, lo cual asustó a *Lolo*, que, todo sea dicho, no entendía de que estaban hablando.

- Perdonad que interrumpa – dijo *Lolo* – Pero… ¿que significa que soy un “duende de niño”?

- No pasa nada. – Dijo con ternura. - ¿Te has dado cuenta de que eres más bajito que el resto de nosotros? En el mundo hay dos tipos de duendes, los de parque, como nosotros, y los de niño. Nosotros nacemos aquí, en la naturaleza, y nos encargamos de mantener las plantas y animales de la zona sanos y bellos. Si nos alejáramos demasiado tiempo de nuestros parques, estaríamos cada vez más débiles hasta que un día, desapareceríamos sin dejar rastro. A los duendes de niño les pasa parecido, pero con la diferencia de que, en lugar de en un parque, nacen cerca de un niño. Seguro que en más de una ocasión has intentado ayudar a tu niño sin siquiera saber por qué. Es tu naturaleza. Pero claro, no puedes estar demasiado tiempo alejado de él.

- Ella. Se llama *Estrella*… ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo llegar hasta ella?



- La verdad es que no sé si alguna de las niñas que pasan por este parque es tu *Estrella*… anda, quédate un rato por el pueblo, come algo. Yo pensaré que se puede hacer.

Sin más, el anciano se alejó, dejando a *Lolo* confundido y asustado. Obedeció al anciano, y pasó la mañana paseando y conociendo a otros duendes. Se había corrido la voz de que era un duende de niño, y todos se preocupaban y le preguntaba como estaba, si se sentía bien. *Lolo* agradecía la amabilidad, pero prefería que le trataran como a uno más del poblado. Le invitaron a comer algo de fruta y le ofrecieron una cama para que descansara. De buen grado aceptó, y durmió un poco. Al levantarse, continuó paseando y charlando con los otros duendes. Aunque hablaba poco tiempo, pudo aprender algunas cosas. Lo que sin duda, mas le sorprendió, era la forma que tenían de viajar de un pueblo a otro. ¡Lo hacían en perro! Conocían a todos los perros de la zona y sabían perfectamente a donde irían. Para ellos era como para *Estrella* coger la guagua. Le explicaron mas cosas, pero la mayoría no le resultaron tan interesantes. Fue mientras hablaba con uno de los duendes llegado de otra aldea cuando el sabio volvió a aparecer.

- *Lolo,* creo que ya tengo una solución. Es algo arriesgado, pero creo que es tu única esperanza. No se donde está tu *Estrella*, pero la mayoría de los niños que pasan por aquí viven subiendo una cuesta que está un poquito mas allá. En esa cuesta hay varias aldeas, así que en mi opinión, lo mejor será que las visites y preguntes en ellas. Con un poco de suerte la encontrarás.

- Pero… ¿y si nos estamos equivocando de camino?

- Espero que no sea así, porque entonces…

- Vale, lo comprendo… bueno, ¿por donde empiezo?

- Uno de nuestros compañeros estaba pensando en acercarse a la aldea más cercana. He hablado con él y no le importa que le acompañes, por lo que iréis juntos hasta allí. A partir de entonces tendrás que seguir por tu cuenta. No dispones de mucho tiempo, así que procura no entretenerte, el viaje es largo.

Con algo de tristeza, acompañaron a *Lolo,* junto a su nuevo compañero que por lo visto era sordo-mudo, a las afueras de la aldea, y se sentaron a esperar a que pasara el perro correcto. Por suerte no tardó en aparecer. Todos se pusieron de pie de un salto y esperaron a que se acercara. Entonces, el Sabio dio un fuerte empujón a *Lolo* por la espalda, que salió despedido hacia el animal, seguido de cerca por el sordomudo. Mientras se alejaban pudo escuchar como le deseaban suerte. Realmente deseaban que la suerte le acompañara.

• • •

Viajar en perro es parecido a viajar en ratón, pero claro, mucho más alto. Los perros se mueven mucho al caminar, para un lado, para otro, para un lado, para otro, y como van muy rápido, marea un poco. Además, hay que tener mucho cuidado para no

caerse, sobretodo cuando las personas pasan sus manos acariciando al animal, o cuando él mismo se pasa la lengua para limpiarse. Lo bueno es que hay azafatas a bordo, "pulgas" las llaman. Van de pasajero en pasajero dando saltos, asegurándose de que todo vaya bien. *Lolo* se pasó la mayor parte del viaje durmiendo, otra vez. No sabía por qué razón, pero siempre tenía sueño. ¿Sería por culpa de estar lejos de *Estrella?* O puede que simplemente, el viaje le aburriera…

De repente, el sordomudo tomó con fuerza el brazo de *Lolo*, saltó lejos del perro, y justo cuando tocó el suelo, siguió corriendo, sin soltar a *Lolo* en ningún momento. "Que tipo mas raro" pensó *Lolo* mientras intentaba mantener el ritmo de su compañero de viaje. Tuvo que reconocer que al menos, se notaba que sabía a donde iba, y que, gracias a ello, antes de que amaneciera ya habían llegado al poblado.

Este poblado era distinto. Muy silencioso, no se escuchaba nada… parecía que no hubiera nadie. No es que lo pareciera, es que el pueblo estaba abandonado. El sordomudo y *Lolo* buscaron a toda prisa, pero no había quedado ni rastro de los duendes que allí un día vivieron. Las casas estaban todas vacías, no había duendes, ni tampoco comida, ni camas, ni siquiera calderos. El sordomudo miró a *Lolo,* como queriendo decirle algo. Para sorpresa de *Lolo,* una voz empezó a sonar en su cabeza.

- Hola, mi nombre es Poti el del Peto (era lógico, pues vestía con un elegante peto verde) y te estoy hablando gracias a la magia de nuestra especie. No entiendo que no halla nadie aquí… lo siento, pero tengo que volver para avisar a el Sabio. Te acompañaré a tomar al perro que sigue subiendo la cuesta, pero tendrás que seguir solo. Lo siento, de verdad.

Lolo no supo que responder, así que se limitó a asentir con la cabeza y seguir, otra vez, a Poti hasta donde se habían bajado del anterior perro. Esta vez, si que tardó en aparecer el perro que debía tomar, ya casi había anochecido.

- *Lolo,* se que te va a costar, pero procura no dormirte en el viaje. Pregunta a las pulgas donde debes bajarte. ¡Salta!

Esta vez el perro era bajito y peludo. Tenía un lacito rosa en la cabeza, entre las orejas, y caminaba dando saltitos. Se podía escuchar como las personas que lo veían pasar se reían con ternura, a la vez que lo señalaban y avisaban a otras personas para que miraran. *Lolo,* por su parte, empezó a hablar con una de las pulgas.

- Hola, ¿Qué tal? Me preguntaba si podría usted avisarme cuando estuviésemos cerca de la siguiente aldea de duendes, por favor. – Dijo *Lolo*, con la misma educación que había escuchado a *Estrella* cuando hablaba con los mayores.

- Sin problema, muchachito. ¡Anda, que canijo eres! No te pareces al resto de duendes que suelen usar este perro. ¿Vienes de la aldea abandonada? Por lo visto se han ido todos a otros parques porque ese lo van a quitar para poner un edificio de apartamentos para personas. La verdad que da rabia ver como las personas lo llenan todo de sus casas y sus cosas… Pero en fin, que vamos a hacerle. Si te digo la verdad, a veces me gustaría dejar este trabajo y subirme a algún gato de esos que viven por el campo y se pasan el día viajando, conociendo sitios nuevos y subiéndose a los árboles. ¡Ay! Que buena vida sería esa. Pero no, aquí, soportando la vida de bicho de ciudad.

¿Sabes lo que molesta subirte a un perro para trabajar y ver que le han puesto collar antipulgas? De verdad, es odioso. – En este momento, *Lolo* empezaba a acordarse de su amigo Mick el ratón. – Pues eso, como te comentaba, nunca había visto un duende tan chiquitito como tú. ¿Tienes algún problema de crecimiento? ¿Por qué viajas? Seguro que es el típico viaje que hacéis los duendes, ya sabes, eso de poneros a hablar y hablar y hablar. De verdad, a veces sois muy pero que muy pesados ¿sabes? Una vez conocí a uno que hablaba tanto y tan rápido que hacía que yo no pudiera contestarle. Una vergüenza. La verdad que procuro que mis hijos no pasen mucho tiempo con gente como la tuya, no te lo tomes a mal. Tengo tres hijos, el mayor ya está trabajando en los perros, pero los dos pequeños… ¡AY! Esta es tu parada chaval, anda, date prisa, ¡no me entretengas!

Lolo saltó todo lo lejos que pudo de aquella pulga. Aunque estaba un poco molesto, en realidad estaba agradecido, pues había conseguido mantenerlo despierto durante todo el viaje, que, aunque no lo pareciera, había sido muy largo. Tanto que ya había amanecido una vez más. Era ya el cuarto día que iba a pasar lejos de *Estrella*, y empezaba a notarlo de verdad. El cansancio afloraba, ya no se sentía ligero. Podía notar como la magia le abandonaba, sin duda, en ese momento, no podría hacer ningún truco. Tomó una ramita del suelo y la usó de bastón para que le ayudase a caminar. Por suerte, la aldea no estaba lejos.

Esta aldea era realmente preciosa. A la derecha había un grupo de casitas que rodeaban un pequeño lago, salpicado por las aguas de una pequeña cascada que caía del cielo. En el centro había una fuente redonda en la que se bañaban los niños, y mas allá, a la izquierda, un precioso jardín donde cultivaban la comida. Pero, lo que mas llamó la atención de *Lolo* fue que, en aquel pueblito, solo había duendes mujeres. ¡Y guapas! Se acercó con curiosidad y con muchas ganas de conocer a todas ellas. Desgraciadamente, sabía que no podía entretenerse demasiado, pero se prometió a si mismo que, si escapaba de esta, algún día volvería a aquel bello lugar y pasaría allí un día o dos. De la nada, salió una muchacha, que al verle, exclamó:

- ¡Cuidado! ¿Estás bien? Pero que mala cara tienes… ¡Espera! Tú eres el duende del que todos hablan… *Lolo*, ¿verdad? Ven, rápido, vamos a hablar con la jefa de la aldea.

Lolo intentó contestar, pero descubrió que no tenía fuerzas para hablar. Se dejó llevar, pero por suerte, tampoco esta vez tuvo que andar demasiado. La jefa del pueblo se acercaba a él con un andar elegante, y en su rostro, una extraña mezcla. Se podía ver tristeza y preocupación, pero a la vez había alegría y sosiego, que automáticamente se transmitía y te animaban. Era realmente bella.

- Toma, come algo, debes recuperar fuerzas. – Dijo, extendiendo un trozo de una rara fruta cultivada por ella misma – Sabíamos de tu llegada, así que enviamos varias expediciones a buscar a tu niña. Siento decirte que tu *Estrella* no vive en ninguna de las casas de por aquí cerca. Quédate un par de horas y duerme, pero debes continuar tu viaje. Puedes quedarte en mi casa si quieres. Cuando el próximo perro esté cerca, yo misma te llevaré hasta él. – A modo de respuesta, *Lolo* solo pudo esbozar una pequeña sonrisa y asentir, aunque en realidad su tristeza aumentaba. Ya no sentía miedo. Solo tristeza.

La casa de la bella jefa era, como no podía ser de otra forma, preciosa. Tenía unos grandes ventanales que permitían ver el lago. *Lolo* se quedó hipnotizado por el sonido del repicar del agua contra las piedras, y durmió.

Le despertaron con suavidad, zarandeándole por un hombro. Esperaba que fuera la bella jefa de la aldea, pero en su lugar, tenía frente a sí una pulga. Se levantó poco a poco. Estaba en un perro que esperaba totalmente quieto mientras el resto de los pasajeros le miraban. Quedaba claro que *Lolo* se había convertido en una celebridad, y no solo eso, si no que todos sabían que el tiempo se le acababa. Se podía leer en las miradas que se apartaban cuando se cruzaban con la de *Lolo*, en esas sonrisas forzadas. Seguramente se preguntaban por qué no se rendía, por qué no abandonaba. La pulga lo miró, y le dijo:

- Las chicas de la aldea de abajo me dijeron que no te despertara hasta llegar a tu parada. Anda niño, corre, están esperándote.

Lolo obedeció, casi sin pensar, como si ya le hubieran arrebatado la voluntad. Se bajó con cuidado, apoyado en aquella ramita que había recogido, ya ni siquiera recordaba cuando. "Que detalle", se dijo a si mismo, pensando que las bellas duendes que había conocido habían recordado ponerlo con él. Se alejó, pero esta vez no sintió que nadie le deseara suerte, en su lugar sintió que todos habían perdido ya la esperanza de que fuera capaz de encontrar su *Estrella*.

Siguió andando, con la mente en blanco, hasta que se cruzó con un grupo de duendes que le detuvieron.

- Buff… que pinta tiene. – Dijo uno.

- La verdad que si. Está claro que ya no durará mucho más.- Le contestó otro.

- ¡Eh! ¿*Lolo?* ¿Puedes escucharme?- *Lolo* asintió. – Es muy duro para mi pedirte esto pero… te pedimos que te vayas. No podemos ayudarte, y en nuestra aldea hay muchos niños. Está claro que ya no llegarás mucho mas lejos y no queremos que los pequeños te vean desaparecer. Lo sentimos mucho.

No se sintió sorprendido. En el fondo, él mismo sabía que ya no le quedaba mucho, pero aún así no pudo evitar que una lágrima se le escapara, junto con los últimos gramitos de esperanza de su corazón. Apesadumbrado, volvió sobre sus pasos. No sabía que hacer, nunca se había planteado como quería acabar sus días, pero tenía claro que no quería que fuera cerca de ese lugar. Se sentó a esperar que pasara algún perro, mientras intentaba recordar alguna de las bellas melodías que había escuchado a *Estrella* mientras vivía con ella. Intentó recordar su casita en el cajón de los calcetines, la de la lámpara, la dulce familia de *Estrella*. Parecía tan lejano…

No supo cuanto tiempo pasó hasta que vio pasar un perro. "Mi último viaje", pensó mientras trepaba por una de sus patas. Ninguna pulga vino esta vez a acomodarlo, ni a preocuparse por él, pero tampoco le importó. Simplemente se dejó llevar.

• • •

- ¡Mami! ¡Mira ver Bandi que no se está quieta!

Aquella voz le resultó familiar. No solo eso. De repente, se sentía realmente bien. Abrió los ojos. ¡Que sorpresa! Estaba en casa. ¿Cómo podía ser eso?

- Anda que… no tendríamos que haberte regalado esa perrita, *Estrella*. ¡Es que no para nunca!

¿Estrella? ¿Perrita? Que suerte había tenido, sin duda. Había vuelto, lo había conseguido. Lleno de alegría, saltó del animal y corrió hasta la habitación de *Estrella*. Todo estaba exactamente igual, excepto por un pequeño arbolito decorado con luces y otras graciosas figuritas. ¡Que alegría estar de vuelta! Todo lo rápido que pudo se subió al cajón de los calcetines y si, allí estaba su casita aún intacta. ¿He dicho ya lo contento que estaba *Lolo?* Por si acaso… ¡Que alegría! Saltó de un calcetín a otro hasta llegar a su casa y, sin pensarlo un instante, se metió en su cama. Intentó dormirse, pero algo se le clavaba dentro del bolsillo. Metió la mano y encontró aquel muellito que había provocado todo el viaje. Salió de casa y con todas sus fuerzas, desencogió por última vez el artilugio. No se preocupó en sacarlo del cajón, tarde o temprano *Estrella* lo encontraría allí. Entonces, y solo entonces, pudo por fin, volver a ser feliz.

FIN

PD: Seguro que estas pensando si *Lolo* cumplió la promesa de volver a la aldea de las duendes mujeres. Por supuesto que lo hizo, y no solo eso, si no que además se enamoró de una, que también se enamoró de él. Vivieron todos juntos y fueron felices en la casita del techo de la habitación de *Estrella*.

